

Ex Canciller chileno en Comisión Investigadora*

Anónimo

*Parte de las palabras que pronunció el ex Canciller chileno, señor Clodomiro Almeyda, ante la Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar en Chile, en su tercera sesión, celebrada en México, D. F., del 18 al 21 de febrero de 1975.

Nuestra patria y nuestro pueblo - el brazo de sus obreros, el sudor de sus campesinos y sus mineros, el espíritu lúcido de sus intelectuales y artistas, la valentía y la fidelidad institucional de sus soldados -, habían logrado forjar en el último rincón del mundo, entre los Andes y el mar, en los confines antárticos de la tierra, una sociedad democrática y avanzada, sobre sólidas bases jurídicas y políticas, que gracias a la lucha perseverante de las fuerzas sociales progresivas, cristalizó en la experiencia del gobierno de la Unidad Popular, definido por el Presidente Allende como un proyecto de transformación de nuestra comunidad nacional en la dirección del socialismo, en términos de democracia, pluralismo y libertad.

Tan ambiciosa empresa, como toda obra humana de trascendencia y envergadura, envolvía dificultades y peligros, suponía cometer errores y la necesidad de rectificarlos y, sobre todo, hería a poderosos intereses foráneos y nativos que lucraban con la mantención de una estructura social injusta y anacrónica, incapaz de contener dentro de sus marcos el germen en desarrollo de un nuevo Chile, que se gestaba en medio de tensiones, pugnas y dolores, síntomas todos de su próximo alumbramiento.

Mas, esos intereses afectados o amenazados y las fuerzas sociales que los sostenían insensibles frente al pulso inquieto de los tiempos revolucionarios que vivimos, ciegos ante el futuro que se anunciaba ante sus ojos y cuyo valor que se mide en términos de lucros o ganancias, ni se manifiesta en silencios obligados; esas fuerzas regresivas que no comprenden que la bandera de la Estrella Solitaria no es el emblema de la obediencia cuartelera ni del culto fosilizada de un pasado ya muerto, sino el signo del audaz objetivo de colocar al servicio del hombre, en nuestra tierra, las creaciones de su músculo y de su espíritu; esas mentes pesimistas y resentidas que no saben de la belleza ni de la esperanza que se anida

en el murmullo de las masas movilizadas; esos sujetos que no perciben en el pueblo volcado en las calles el rumor insinuante de superiores formas de convivencia humana, sino sólo advierten un ruido amenazante para sus privilegios; esos malos chilenos que se enjuagan la boca con una historia y una tradición que no entienden más allá de lo que interesa a sus egoísmos hipócritas; esos turbios personajes que no comprenden nada de lo que pasa ahora con el mundo y en su patria que no sean los riesgos para la subsistencia del orden social que usufructúan; esas fuerzas oscuras, esos intereses bastardos, esos espíritus dañados, esas mentes estrechas culminaron el grisáceo 11 de Septiembre de 1973 en una nauseabunda y sediciosa traición política, destinada a cerrarle a Chile el camino al porvenir y a destruir los valores cívicos de que legítimamente nos enorgullecíamos mediante la violencia desatada sin freno y la represión desencadenada sin límites, sembrando odios y derramando sangre.

Y he allí el resultado. Lo que querían. Un orden policial y cuartelero que es la consagración oficial de la injusticia y para legitimarlo, un manipuleo sacrílego de las tradiciones y símbolos patrios que repugnan a los verdaderos patriotas y subleva a los espíritus libres.

Esas fuerzas negras y oscuras utilizaron para conseguir sus objetivos a tortuosos agentes de intereses foráneos - financiado como es público y notorio por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos -. Y lo que es más triste y lamentable, a los propios soldados de Chile, aprovechándose del arribismo, la incultura, la ruindad y la ambición de los altos mandos militares, más interesados en defender las posiciones de los poderosos y los bolsillos de los ricos que en cautelar la independencia y la seguridad nacionales. Pero así y todo no lograron con ello mancillar definitivamente el uniforme de los soldados de la patria, porque allí están enhiestos y acusadores, mirándolos desde su tumba, un general René Schneider y un general Carlos Prats, muestras ejemplares del verdadero soldado chileno, del de Rancagua y el de Maipú, del de Iquique y la Concepción que peleó y vertió su sangre, como ellos, para defender un juramento y honrar una palabra. Sus nombres y el del general Alberto Bachelet, víctima de los apremios de la junta, son elocuente testimonio de lo que es el auténtico deber militar de lealtad a la República y a sus instituciones.

Los generales traidores fueron, pues, los intermediarios y los ejecutores directos de ese asalto a mano armada a los Poderes Constituidos. Los mismos que no se atrevían a levantar la vista cuando se los miraba de frente, los mismos que se destacaban por su sumisa obediencia y sus reverencias ceremoniosas a las

autoridades del gobierno constitucional, los mismos que por delante eran todo sonrisas y halagos, mientras por la espalda conspiraban y preparaban, en las sombras, el atentado criminal a la democracia chilena.

Pero nuestra dura experiencia nos ha enseñado que esas instituciones sólo fueron de veras democráticas hasta el momento en que el desarrollo del movimiento popular comenzó a amenazar y a transformar el orden establecido. De ahí para adelante esas instituciones se convirtieron en baluarte de las fuerzas conservadoras, en instrumento de la destrucción de la democracia, en meras formas leguleyas e hipócritas para legitimar el fascismo bajo una falaz careta de juridicidad que ha provocado en todo el mundo una ruidosa carcajada, porque no se puede engañar impunemente a los pueblos cuando hay tantos testimonios fidedignos que acreditan lo que es la sustancia del régimen que vive Chile, y que no puede ocultar los negros e inhumanos rasgos de fascismo que tiñen cada una de sus actuaciones.

De ahí la importancia de que el movimiento antifascista chileno se proponga resueltamente desde ya - aprovechando la conciencia que el pueblo ha adquirido de la naturaleza mendaz y farisaica que asumió la antigua institucionalidad, cuando fue utilizada abiertamente por los enemigos del pueblo -, transformarla desde sus cimientos, incluyendo desde luego en ella a las fuerzas armadas, para que nunca más pueda repetirse en nuestra patria una experiencia como la que estamos viviendo, arrancando así desde sus raíces todo aquello que pueda servir de germen para el resurgimiento del fascismo, construyendo en su reemplazo una nueva, viva y pujante Democracia, que no se preste para bloquear el avance de un pueblo en ascenso, sino al contrario, le permita transitar con paso firme hacia las metas socialistas y humanas que ya la enorme mayoría de los chilenos han hecho suyas.

El desastre económico a que han conducido a Chile, el ensamble entre los intereses imperialistas y monopólicos y las ideologías colonialistas "Made in USA" ha favorecido por otra parte las condiciones objetivas para la pronta reconstitución del movimiento popular en la clandestinidad, que se desarrolla en la lucha y se robustece en su unidad.

Unidad, señoras y señores, que debe elevarse ahora, en esta crítica circunstancia, a un nuevo superior nivel político, ideológico y orgánico, que debe superar con mucho el grado a que alcanzó durante el gobierno de la Unidad Popular, donde todavía era feble e inconsistente para proponerse derivar en la conformación de una verdadera y homogénea fuerza dirigente de la revolución chilena, con una sola

estrategia y una sola conducción. He ahí el requisito imprescindible, la condición necesaria para derribar a la junta fascista, lo que unido a un menor espontaneísmo anárquico y a una mayor disciplina consciente y orgánica, a menos verbalismo irresponsable y mayor eficiencia constructiva, a menos improvisación empírica y mayor reflexión teórica, asegura que podemos proseguir con éxito en su hora, nuestra interrumpida tarea de transformación revolucionaria de la sociedad chilena.

Vuestra labor, en fin, señores integrantes de esta tercera Reunión de la Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar en Chile, se inserta vigorosamente en ese claro y rotundo proceso de pronunciamientos sucesivos de las más altas autoridades morales del mundo, que a través de las palabras de su Santidad el Papa, de las declaraciones del Consejo Mundial de Iglesias y de las Federaciones Sindicales Internacionales, de los Juicios del Tribunal Russel, de los Informes de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA y el de la Organización Internacional del Trabajo, y sobre todo, de la resolución al respecto de la Asamblea de Naciones Unidas, máximo exponente de la conciencia universal, proceso de pronunciamientos que junto con condenar a la junta fascista por sus crímenes en contra del hombre y su dignidad, de Chile y su pueblo, refuerza y legitima el duro combate de la resistencia chilena por la reconquista de su libertad.